

DOLORES MEDIO NOSOTROS, LOS RIVERO

• TEXTO ÍNTEGRO •



PREMIO NADAL 1952. ILUSTRADO POR REBECA MENÉNDEZ

El 6 de enero de 1953, el ya prestigioso Premio Nadal, concedido a la mejor novela del año anterior, fue otorgado a *Nosotros, los Rivero*. Dolores Medio, su autora, era una mujer de 42 años totalmente desconocida, que ni siquiera estaba presente en la fiesta de la concesión. Pero el jurado se sintió emocionado ante esta historia que transcurre en Oviedo entre 1924 y 1934, y narra la vida de una niña de clase acomodada, Lena Rivero, que irá convirtiéndose a lo largo de sus páginas en una joven comprometida con la República y conmovida testigo de la Revolución de 1934 en Asturias. Cargado de contenido autobiográfico, el libro obtuvo un enorme éxito y conoció diversas reediciones hasta 1979.

Sin embargo, la novela una y otra vez publicada no era en realidad la que Dolores Medio quiso escribir: una larga batalla silenciosa con la censura, que duró más de un año, la había cercenado, expurgando ciertos contenidos que molestaban al régimen.

Por primera vez, casi cuarenta años después de su última edición, *Nosotros, los Rivero* ve la luz en su forma original, tal como la escritora la concibió, ofreciendo a los lectores contemporáneos un intenso relato sobre los cambios sociales de aquellas décadas y sobre los deseos de libertad de muchas jóvenes del tiempo.

El texto íntegro se ve enriquecido por 27 ilustraciones a color de la artista asturiana Rebeca Menéndez, creadora de un hermoso puente visual que nos une a través del tiempo a la niña rebelde de los años 20 y 30 y a la valiente autora de los 50.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

Nosotros, los Rivero (Edición ilustrada y sin censura)

Epígrafe

Introducción

Aclaración para la lectura

Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

Segunda parte

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX

Reproducciones del expediente de censura de «Nosotros,
los Riveros»

Dolores Medio, sin censura

Sobre la autora

Notas

A la inmortal Vetusta con mi devoción sincera.

*Es deseo de la autora que nadie
se sienta aludido
ni ridiculizado en la novela. Aunque ésta se
desarrolla en Oviedo y por ella
van desfilando
sus calles, sus plazas, sus monu-
mentos y ciertos
sucesos históricos, declara que
los personajes son
imaginarios. Todo parecido con
personas
o hechos reales es pura coinci-
dencia.*

Introducción

A LAS 2 DE LA MADRUGADA DEL DÍA 7 DE ENERO DE 1953, acompañado por un sereno, el periodista Luis de Armiñán, del diario ABC, llama a la puerta de un piso de la calle Bretón de los Herreros de Madrid. Le abre una mujer de 42 años, menuda, envuelta en una bata roja, que le mira asustada. Armiñán confirma su identidad: ¿es ella Dolores Medio? Sí, la misma. Entonces le da la noticia: su novela *Nosotros, los Rivero* acaba de ganar el Premio Nadal 1952 (el concurso era para novelas escritas el año anterior).

Emocionada —obviamente—, Dolores Medio le hace pasar al único lugar en el que puede charlar con él unos momentos, su propio dormitorio: la vencedora de la novena edición del galardón literario más prestigioso en la España de aquel momento vive en una habitación realquilada, diminuta y austera.

A esas horas, en Barcelona, los más de setecientos invitados que asisten a la cena organizada por la Editorial Destino en el lujoso Hotel Oriente, se van desperdigando ya por la ciudad, de vuelta a sus casas o camino de algún bar nocturno, con sus trajes elegantes y los taxis disponibles a la puerta. Hay un cierto estupor: la escritora premiada no estaba allí para recibir los aplausos y posar triunfante ante los fotógrafos. Es más, nadie en aquellos salones la conocía. Ni siquiera los miembros del jurado o los propios res-

ponsables de la editorial. La autora de *Nosotros, los Rivero* era un verdadero misterio.

Dolores Medio se había quedado en su cuarto realquilado, envuelta en su bata, mientras, a 600 kilómetros de distancia, un grupo de hombres, emocionados por el vigor de su narración, tomaba una decisión que cambiaría su vida. Probablemente, si no había ido, no era tan sólo porque no tenía dinero suficiente para el viaje, sino, además, porque debía de parecerle extremadamente difícil que se le concediera un galardón tan importante a una absoluta desconocida: lo único que había publicado hasta ese momento era un cuento infantil, un relato —premiado por el semanario *Domingo* nueve años atrás— y las páginas del consultorio sentimental que desde entonces hacía para esa misma revista, pero que firmaba con el seudónimo Amaranta. La pequeña cantidad que le pagaban por esa colaboración y algunas clases particulares era lo que le permitía subsistir en Madrid de manera tan humilde.

No siempre había sido así: Dolores Medio había tenido una infancia acomodada, que había recogido —con las invenciones propias de la ficción— en la novela premiada. Había nacido en Oviedo, en 1911, en una familia que gozaba por entonces de una buena situación económica. Su padre, Ramón Medio-Tuya, pertenecía a una rara saga de propietarios de numerosas tierras en Villaviciosa. Sobre esas fincas —compradas a mediados del siglo XIX, durante los procesos de desamortización de los bienes de la Iglesia— pesaba una maldición: la leyenda afirmaba que quienes habían adquirido de esa manera las propiedades eclesiásticas estaban condenados a perderlas y a extinguirse.

Como tantos asturianos de la época, Ramón emigró a Cuba a finales del XIX y, después de la guerra de 1898, se marchó a Florida. Viudo de su primera esposa e instalado en Oviedo con su hija Fany, compró La Gran Bodega Española, un negocio floreciente que ocupaba los bajos de uno de los edificios más lujosos de la ciudad: el que se levanta-

ba en la esquina de las calles de San Francisco y Mendizábal, y que albergaba el Banco Asturiano y el mejor hotel de Oviedo, el Covadonga. Su mujer, Teresa Estrada, había sido modista de renombre, aunque tras la boda con el indiano viudo se ocupaba de la casa y colaboraba en la tienda, ayudada por su hermana Dolores.

Pero en 1911, el mismo año del nacimiento de la escritora, el Palacio del Banco Asturiano ardió. La familia perdió entonces el negocio —que no estaba asegurado— y se quedó con una tienda más modesta, en el número 10 de la calle de la Universidad (actual Ramón y Cajal, 8), en el bajo de una casa de tres pisos que ocuparon al completo. Allí nació Dolores y, dos años más tarde, su hermana Teresa, que sería su inseparable compañera hasta su muerte.

La suya fue una infancia feliz: las niñas iban juntas a la escuela de la calle de La Luna (que ahora lleva su nombre). También al Conservatorio, para estudiar piano, y a clases de pintura. Dolores, además, correteaba por las calles cercanas a su casa, jugando con otras niñas y niños del vecindario. Todos esos extraordinarios recuerdos, que aparecen novelados en *Nosotros, los Rivero*, le sirvieron siempre de refugio a la escritora frente a las desdichas.

Y lo cierto es que las desdichas comenzaron pronto: en 1924, cuando ella tenía 12 años, murió su padre de pulmonía. A partir de ahí, la ruina económica aplastó a la familia. No debía de ser fácil para dos mujeres y dos crías salir adelante en aquellos tiempos profundamente patriarcales. Como Lena Rivera y los suyos en la novela, Dolores, su hermana, la madre y la tía terminaron malviviendo en un piso cochambroso. Desde los 14 años, igual que Lena, Dolores y Teresa trabajan en lo que pueden: cubren recibos de la contribución, fabrican juguetes, dan clases particulares, cuidan niños... Al mismo tiempo, estudian en la Escuela Normal.

A los 18 años, Dolores ya es maestra. Comienza entonces un recorrido como interina por diversas escuelas rurales

de Asturias, hasta que, en 1934, se le concede en propiedad la plaza del pueblo de Piloñeta, en el concejo de Nava. Pero, desde su infancia de cría acomodada hasta ese momento, la historia, que antes parecía transcurrir lenta y pausada, se ha convertido en un vendaval. Muchos españoles —incluidas numerosas mujeres— han comenzado a hartarse de vivir en un país antiguo, rancio, dominado por unas élites ultraconservadoras y, para colmo, ultraexplotadoras, y por una Iglesia que sigue controlando las almas y los cuerpos de la ciudadanía. En 1931 se ha proclamado la República, que trata de dar un empujón hacia el futuro al país. Y en octubre de 1934, mientras Dolores toma posesión de su escuelita rural, estalla en Asturias —y en otras regiones, aunque en ninguna llegó tan lejos— una revolución obrera, liderada sobre todo por los mineros, bajo la coordinación del Partido Socialista (PSOE) y los sindicatos UGT y CNT.

La última revolución obrera de Europa —que la autora reflejó en su novela— duró apenas quince días, entre el 5 y el 19 de octubre, y fue ferozmente aplastada por las tropas del gobierno. Dejó tras de sí duras escenas de violencia, ejecuciones de curas —y hasta de algún ingeniero— por parte de elementos descontrolados, muertos y heridos en ambos bandos y una capital humeante y medio destruida, en la que ardieron la Universidad y el Teatro Campoamor y en la que fue dinamitada la Cámara Santa de la Catedral.

Pero, sobre todo, dejó un sentimiento duradero y envenenado: el miedo de la burguesía y de las clases altas a la «brutalidad» de la clase obrera. Un terror a perder su *statu quo* —si no la vida— que sin duda es una de las razones que explican la sublevación de 1936. También un cierto desasosiego entre muchas personas comprometidas con la República y con las ideas izquierdistas, que descubrieron lo fácil que era que un sueño se transformase en sólo unos días en una pesadilla.

Dolores Medio formaba parte de ese grupo. A pesar del conservadurismo de su familia —y de su madre en particu-

lar—, se había convertido en una de aquellas maestras republicanas que tanto se implicaron en la educación de su alumnado. Llena de entusiasmo por la España más justa que, al fin, iba a existir, frecuentaba los círculos del Ateneo y el Centro Obrero. Solía hacerlo en compañía de su novio, al que ella llamó, en otros libros posteriores, «Máximo Sáenz». Profesor y discípulo de Ortega y Gasset, era un socialista convencido de que los enseñantes tenían un papel fundamental en la formación de nuevas generaciones de ciudadanos cultos, reflexivos y libres.

Todos aquellos sueños terminaron con la Guerra Civil. Los ideológicos, por supuesto, pero también los personales. Al menos, los de la gente como Dolores: después de la guerra, y tras haber sido encarcelado, su novio se casó con una rica campesina de familia franquista. Nada que no hicieran seguramente otros muchos españoles, y que para ella supuso un auténtico drama íntimo. No sólo por el abandono, sino también por el descubrimiento de que un hombre al que ella había creído tan íntegro podía venderse a cambio de una existencia tranquila.

Para ella, en cambio, la vida se iba volviendo horriblemente complicada. Como maestra republicana, estaba en el campo de los derrotados. Su labor en la escuela de Piloñeta se vio varias veces interrumpida en los siguientes años por sucesivos expedientes de la Comisión Depuradora de Magisterio, una de aquellas tremendas instituciones del nuevo régimen que se dedicaron a perseguir y dejar sin recursos al funcionariado poco adicto.

Del dolor, del miedo, de la incomodidad, surgió una nueva Dolores, aún más valiente y atrevida, dispuesta a marcharse a Madrid en busca de una mayor libertad y a dedicarse a la literatura, un anhelo que la acompañaba desde muy joven. La oportunidad llegó en 1945, cuando su relato *Nina* obtuvo el premio Concha Espina que otorgaba el semanario *Domingo*. La autora logró ser contratada por la re-

vista para ocuparse del consultorio sentimental y algún tiempo después se instaló en la capital.

En 1948, con 37 años, se matriculó en la Escuela Superior de Educación y en la nueva Escuela de Periodismo, tratando de profundizar en sus dos vocaciones. Hasta 1953, cuando le llegó el éxito, llevó una vida precaria en aquella ciudad herida profundamente por la guerra y en cuyos círculos intelectuales, intensamente machistas, una mujer con ínfulas de escritora resultaba casi siempre sospechosa.

* * *

Dolores Medio debía de poseer una voluntad de hierro: ninguna dificultad —ni las de su situación económica ni las del sexismo imperante— le impidió ponerse a escribir, al fin, su primera novela, *Nosotros, los Rivero*, una historia basada en buena medida, como ya he dicho, en su propia infancia y adolescencia. Narró en sus páginas diez años de la vida de Lena Rivero —trasunto de ella misma—, describiendo su paso de la infancia a la juventud en Oviedo, entre 1924 y 1934, y terminando con el relato de la Revolución de octubre de ese año.

Los elementos autobiográficos son muchos, aunque, obviamente, se permitió como narradora arreglar las cosas a su manera: cambió las fechas de ciertos acontecimientos reales, trastocó el carácter o el destino de algunos de los personajes —como los de las hermanas de la protagonista, Heidi y María, que no son exactamente sus propias hermanas— y se inventó alguna figura, en particular la del hermano, que nunca existió y que es sin duda un homenaje a los muchos jóvenes izquierdistas que la Dolores joven conoció en aquellos años.

Aun así, el eje fundamental de la narración coincide con su propia experiencia. Pero también con la de muchas personas de esos tiempos de profundas transformaciones sociales y políticas. En particular, refleja la realidad de las numerosas mujeres que por aquel entonces se alzaron contra el destino de domesticidad y dependencia que estaba previsto para ellas y reivindicaron una autonomía y un papel protagonista en la sociedad que, muy pronto, el resultado de la Guerra Civil volvería a negarles, encerrándolas de nuevo entre las paredes de los hogares franquistas, llenos de virtud y de sumisión.

La rebelión que va surgiendo lentamente en la mente de la niña Lena Rivero frente a las normas estrictas de su familia y, en general, del mundo que la rodea, es la rebelión de muchas de sus congéneres. Igual que su simpatía por la causa republicana fue compartida por todas las que vieron en ella una puerta hacia la libertad y el desarrollo de sus vocaciones. El carácter autobiográfico de *Nosotros, los Rivero* adquiere así una clara dimensión generacional.

Pero Dolores Medio, aunque ya tenía 40 años cuando escribió la novela, debía de conservar una cierta dosis de ingenuidad: a pesar de los problemas que había sufrido en carne propia como maestra por su pertenencia a la izquierda —por no hablar de todas las atrocidades y el sufrimiento que vio a su alrededor—, no contó con el tajante papel que la censura jugaba en aquellos años.

A finales de 1951 o principios de 1952, Medio entregó las 556 páginas mecanografiadas de su obra a una editorial madrileña luego desaparecida, Rumbos. Como estaba obligada a hacer por ley, la editorial envió la novela a la temible censura. En la parte final de esta edición pueden verse las reproducciones de algunas de las páginas del expediente, conservado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. Intervinieron dos instancias diferentes: la Sección de Inspección de Libros, adscrita al Ministerio de Información y Turismo —al frente del cual estaba Ga-

briel Arias-Salgado—, y el departamento de Censura de Publicaciones de la Dirección General de Propaganda, dependiente del Ministerio de Educación —cuyo titular era en ese momento Joaquín Ruiz— Giménez Cortés—. El trabajo fue rápido: en sólo diez días, los censores denegaron la publicación de la novela. Así de sencillo.

Resulta curioso —patéticamente curioso— comprobar qué era lo que les interesaba a aquellos castradores de textos. Como se puede ver en la página 357, tenían una plantilla con un cuestionario preelaborado, que trataba de averiguar si el escrito atacaba a los asuntos cruciales para la dictadura franquista: los aspectos religiosos y morales en primer lugar y, después, el propio régimen y sus colaboradores. Luego, el censor escribía sus conclusiones sobre la obra y, como un dioscello omnipotente, decidía su publicación o su suspensión.

Transcribo aquí las palabras del informe del primer censor, que no escribe su nombre en la casilla correspondiente y cuya firma —más allá de «Jaime de»— resulta ilegible. (La escasez de comas en el texto es responsabilidad del propio censor, que debía de saber mucho de moral, pero no tanto de escribir):

La autora de esta novela demuestra su simpatía por la República española del 14 de abril y su antipatía por las tropas españolas que pacificaron Asturias en 1934. En cuanto a la moral es a veces cruda en descripciones y perniciosa en teorías. Tiene un capítulo en que un hermano habla a su hermana de modo tan cínico y desvergonzado que resulta repugnante aunque lo haga con la piadosa intención de aleccionarla en la vida. Hay elogios de obras comunistas, de Stalin, etc. Es completamente reprobable.

La última frase fue subrayada con el temible lápiz rojo que el mismo personaje había utilizado para indicar los numerosos párrafos que le llevaban a prohibir la novela. *Nosotros, los Rivero* no debía ver la luz: su acercamiento al alma rebelde de una niña y a la realidad social y política de una época eran excesivos para la censura.

La prohibición definitiva fue firmada el 25 de febrero de 1952 y enviada, sin más datos, a la editorial. Sorprendentemente, el 15 de marzo llegó al organismo esta carta de la propia Dolores Medio, dirigida al Ilustrísimo Señor Director General de Información, que puede verse reproducida en la página 359:

María de los Dolores Medio Estrada, natural de Oviedo, residente en Madrid, de profesión, periodista, autora de la novela Nosotros, los Rivero, cuyo permiso para su publicación le ha sido denegado por la Dirección General de Información, a V. I., respetuosamente, acude y expone:

Que habiendo cursado estudios de Psicopatología en la Escuela Superior de Educación, siendo alumna del doctor Vallejo Nájera, concibió el proyecto de recoger en una novela la vida de unos muchachos anormales (concretamente: psicópatas pasionales) cuyas reacciones estudió minuciosamente a fin de que la novela fuese lo más realista y científica posible.

Que va engarzada en la trama de una antigua y piadosa leyenda asturiana, que asegura que nadie podrá disfrutar plenamente de los bienes arrebatados a la Iglesia. Que está ambientada en el Oviedo del primer cuarto de siglo, habiéndose documentado la autora, para su desarrollo y lenguaje apropiado, en los periódicos locales de la época. Que si ha incurrido en alguna falta ha sido involuntariamente y suprimirá con mucho gusto